

tienes en el cielo? ¿No es verdad que dices sí?—¡Oh, sí, querido padre, respondió la enferma; padre de mi corazón, que la voluntad de Dios se cumpla!—¡Pobre amiga, la carne cede, decía Lutero; pero tienes valor y fuerte espíritu! ¿Cuánto te amo!»

Y volviéndose á un amigo que venia á visitarle: «¿Veis? No hay en el mundo un Obispo á quien Dios haya tratado mas magnificamente que á mi; mas no puedo reconocer sus beneficios.»

En tanto la agonía se acercaba. La figura de la niña se cubría de la sombra de la muerte; se veía llegar este espectro terrible. Apercibidos estos signos por el doctor, se hincó de rodillas, cruza las manos, y empieza á rezar, cubierto de un torrente de lágrimas. La niña habia perdido el conocimiento estando apoyada sobre el brazo de su padre, que la adormecía para el sueño eterno: Catalina, en un rincón de la estancia, no osaba levantar los ojos del lecho de su hija. Este cruel acontecimiento sucedió á las nueve de la mañana, el año 1542.

El doctor pone cuidadosamente la bella cabeza de su hija sobre la almohada, murmurando:

—¡Pobre niña; ya tienes un Padre en el cielo!... ¡Dios mío; hágase tu voluntad!

Al día siguiente la enterraron. Lutero acompañó el cuerpo hasta el cementerio. Cuando la bajaban á la fosa, dijo:

—Adios, Lennichen, adios: hasta la vista, pequeña estrella querida; tú resucitarás, y brillarás en el cielo como un diamante, como un sol refulgente!

El sepulturero habia hecho la fosa poco capaz.

—Tu lecho de tierra es bien pequeño, pobre niña, dijo Lutero; mas allá arriba será muy mas bello.

El pueblo, reunido en torno del padre, tomaba parte en su dolor, y procuraba consolarle, diciendo:

—¡Pobre amigo, sufrís mucho!

—Gracias por vuestra piedad; gracias, respondía Lutero. Yo he visto un ángel en el cielo, sí, un ángel. ¡Ojalá que todos tengais tan buena muerte, y yo tambien!

—Amen, replicó uno de los concurrentes.

Oido por Lutero, se volvió á él, y le dijo:

—La carne es carne, y la sangre sangre: interiormente reina la alegría; al exterior la tristeza; es decir, la carne llora, y se compadece.

Otros se acercaban á consolarle.

—No, no; yo no estoy triste; mi ángel bello está en el cielo.

Algunos trabajadores se llegaban á cantar sobre el borde del sepulcro: «No os acordeis, Señor, de nuestra iniquidad.»

—Señor, Señor, añadía Lutero; ni de nuestros pecados de mañana.

En el momento en que el sepulturero echó la tierra sobre el ataúd:

—Ved allí, gritó el doctor; ved allí la resurrección de la carne: mi hija está en los cielos en cuerpo y alma: esta es la orden y la promesa de Dios. ¿De qué lloramos? ¿No es esto el cumplimiento de su voluntad? Nosotros somos los hijos de la eternidad; yo he criado una santa para el Señor.

Cuando el ataúd estuvo completamente cubierto de tierra, se colocó sobre la tumba una pequeña lápida, en que se veía escrito el nombre de la niña, su edad y el día de su muerte, y una sentencia, tomada de los Libros Santos. Mas adelante, luego que Lutero pudo dedicarse al trabajo, compuso, con el objeto de colocarla en la losa fúnebre, una inscripción latina, llena de dulce melancolía y de resignación á Dios.

*Dormio cum Sanctis hic Magdalena LUTHERI
Filia, et hoc strato tecta quiesco meo;*

*Filia mortis eram, peccati semine nata,
Sanguine sed vivo, CHRISTE, redempta tuo.*

«Yo, Magdalena de Lutero, aquí reposo en los Santos, en mi lecho de tierra. Hija de la muerte, nacida del pecado, la sangre divina de Cristo me redimió y volvió á la vida.»

Hemos buscado este sepulcro en el cementerio de Wittenberg, y no le hemos podido hallar.

Esta muerte partió á Lutero el corazón. La recibió como una advertencia del cielo: fue otro golpe de rayo: el primero le había recibido en la muerte del joven Alejo, el compañero de su infancia; el segundo le arrebató la alegría de su vejez, una hija adorada. A partir de esta época, hasta el menor de sus billetes estaba impregnado de una indefinible melancolía: las alas de la muerte se extendieron sobre todos sus pensamientos.

Al recibir una carta del elector, en que le aseguraba una larga vida, movió la cabeza, y respondió á su noble amigo: «El cántaro ha sido llevado muchas veces á la fuente, y debe concluir por romperse.»

Un día, predicando, hizo verter lágrimas á todos los concurrentes, anunciando su fin próximo: «El mundo está harto de mí, y yo harto de él: el divorcio será pronto.» Así el viajero se despide de su posada.

Ya hacia tiempo que pensaba poner en orden sus asuntos de familia. Enfermo en su celdilla por el año de 1542, había ya extendido su testamento.

«Yo, Martín Lutero, doctor, por las presentes letras, firmadas de mi mano, doy y lego á mi querida esposa Catalina, para que lo goce toda su vida á su voluntad: Primero, mi pequeña propiedad de Zeilsdorf, tal como yo la compré, alhajé y arreglé; segundo, la casa de la Fuente (*Zum Brunnen*), que yo adquirí bajo el nombre de Wolf; tercero, mi vajilla, mis joyas, mis sortijas, mis cadenas y mis alha-

jas de oro y plata, que pueden valer unos 1,000 guldos.»

«Establezco estas disposiciones:»

«1.^a Por el mucho afecto que me ha profesado constantemente, y el comportamiento digno y honesto con que se ha conducido, y porque en virtud de una gracia especial del Señor me ha dado cinco hijos que aun viven y Dios conserve;

«2.^a Para que se encargue de pagar mis deudas, si por ventura no las pudiese pagar antes de mi muerte, las cuales ascenderán, sobre poco mas ó menos, á 450 guldos;

«3.^a Porque es mi voluntad que no dependa de la de sus hijos, sino sus hijos de ella, conforme al precepto de Dios:..

«Yo ruego á todos mis buenos amigos sirvan de protectores á mi pobre Ketha, y la defiendan de las malas lenguas que la acusen de guardar ú ocultar el caudal de mis pobres hijos, pues declaro que, á escepcion de esas alhajas, ya no tengo tesoro de ninguna clase. Esto es fácil de comprender; porque, á escepcion de los presentes que he recibido, no hay un maravedí de cuantos he recibido que no haya sido dedicado al punto á cubrir las atenciones de familia, y esto mismo es una bendición del cielo, que yo haya podido cubrir todos mis negocios sin deudas.»

«...Pido, finalmente, que si en el presente testamento no van usadas las fórmulas de derecho, podrá reconocerse en él la mano de un hombre conocido en el cielo, en la tierra y en el infierno, y á quien debe dársele mucha mas fe y crédito que á ningún notario. Porque si Dios ha querido fiarse de mí, pobre criatura cargada de pecados; si me ha dado el poder de anunciar el Evangelio de su querido Hijo; si me ha bendecido en mi fidelidad; si, gracias á mí, muchas almas han abrazado el Evangelio y me han tenido por apóstol, á despecho de las excomuniones de los Papas, de los Emperadores, de los Reyes, de los Príncipes, de los monges y de la cólera del diablo, bien puede creerse en mi testimonio acerca de estas disposiciones poco im-

portantes de suyo, sobre todo siendo mi firma tan conocida. Yo espero que bastará, y que al verla cualquiera diga: esto es de la mano de Lutero, notario de Dios y testigo de su Evangelio.»

A partir de esta época, Lutero arrastraba una vida de dolores. Dios le visitaba en su espíritu y en su carne. Su espíritu, debilitado por los padecimientos físicos, notenia ya sino raras iluminaciones; su mirada se dirigía á todas partes para encontrar una simpatía; pero en vano. Sus discípulos se perdían en delirios que él pugnaba por destruir de entre ellos: mas cuando cogía aquella pluma, en otro tiempo fulminante, sus dedos no podían sostenerla: quería sacudir la cabeza; pero su cabeza estaba fría, y ni encontraba ideas ni palabras, ó llena de tempestades, que no engendraban sino pensamientos incompletos.

Hubo un momento en que todas estas tempestades se apaciguaron: el espíritu y la materia se rejuvenecen en un punto; requiere su pluma, y escribe el testamento de su alma. Vedle sobre su pupitre trabajando su folleto *contra el papado, hijo del diablo*. La Santa Sede había tentado una reconciliación, y las entrañas de Lutero se conmovían á este nombre, porque quería morir en guerra con Roma.

«¡Un Concilio! ¡Qué os parece, bribones, que ni sabéis lo que es un Obispo, ni el César, ni Dios mismo, ni su Verbo? Papa, tú no eres mas que un asno, y asno serás siempre...»

«Pablito mio, yo te querré; no te resistas, no; no te resistas, papasno: el hielo no está aun firme, y se podrá quebrar; y si se quiebra, caerás y te romperás el cuello; y si al caerte se te escapa algo, ¡cómo me reiré, y diré: ¡Ah buen Dios, el papasno apesta!»

«Cristiano, cuando encuentres las armas del Papa, no te olvides de asperjarlas.»

Este papasno era... ¡Paulo III! el magnífico protector de las ciencias y las artes.

CAPITULO XLI.

ULTIMOS MOMENTOS DE LUTERO.—1546.

Contiendas en la familia de los condes de Mansfeld.—Partida de Lutero á Eisleben.—Su emoción al ver las torres de esta ciudad.—Lutero en la mesa.—Sus profecías respecto al papado.—Ultimos momentos del doctor.—Entierro de Lutero.—Cárls V en la tumba del reformador.

Los odios dividían á la noble familia de los condes de Mansfeld. Estos odios tuvieron su origen en miserables cuestiones de territorio. En 1545, el conde Juan Jorge, en un viaje que hizo á Wittemberg, había pedido á Lutero que interpusiese su influencia para reconciliar á los príncipes. Lutero había prometido su mediación; Alberto la había rehusado como ofensiva. Fuera un espectáculo repugnante para la Reforma estas contiendas, que se superponían á todas las exhortaciones. El elector de Sajonia, que deseaba la paz, rogó al doctor que partiese para Eisleben: noble misión que pudo escusar Lutero, cuya salud estaba en muy mal estado. Algunos días antes había escrito Lutero al Pastor de Brema: «Me veo decrepito, perezoso, fatigado, tembloroso y sin vista mas que en un ojo: yo creía encontrar descanso en mis últimos días, y no encuentro sino penas, que me hacen sucumbir.»

Púsose, pues, en camino con un tiempo frío y lluvioso.